

Las "plazuelas" del barrio de Santiago

Por las puertas de las casas pobres y amplias de las calles de este viejo y castizo barrio de Santiago —la del Refugio, la del Lirio, la de Altagracia, la de la Estrella, la de la Luz...— aún se ven patios, cual oasis de paz y de frescura, con su pozo abundoso, y la higuera, el granado, el azufaifo o la parra sombreando geranios floridos, pericones olorosos y enredaderas viciosas, ple-tóricas de cucuruchos azules y recostadas en blancas paredes desconchadas.

La calle de Calatrava —ancha, larga, recta— parte en dos al más típico barrio de Ciudad Real, antes de hacerse camino llano de la llanura luminosa y lanzarse al lejano y secular castillo de Calatrava la Vieja, cargado de Historia y de historias. La metamorfosis, de calle a camino, tenía todos los honores bajo el arco triunfal, de piedras y de almenas, de la Puerta de Calatrava: «Hasta aquí fuiste calle; desde aquí serás camino...», y las murallas, fuertes y solemnes, testificaron. Un día lejano el testigo cayó. Lo sintió la calle, pero, al fin y al cabo, ya nada le impedía sorberse la grandeza de la llanura, convertirse en ella, deleitarse viendo la alegría de la olmeda que creció al desecar los cenagosos «Terreros» a fuerza de paletadas de murallas vencidas, y refrescarse con el relente de la Granja Agrícola surgida de ellos. El caminito la seguía trayendo olor a tomillo y romero de la Atalaya; risotadas, riñas y cantares de las arrabaleras lavanderas del pozo de Santa Catalina; dicharachos de los cañeros a las mozas que, para poner de fiesta la fachada y el patio, compraban cal en el horno; vaho húmedo del río Guadiana, viejo y escondido, de junto al castillo, del cual el caminito no podía traerle ya noticias de Maestres, Comendadores y mesnadas de blanca capa con cruz roja retorcida. ¿Quién se acuerda de aquella grandeza? Los murallones de la iglesia, llena de cardos recios y

Patios cual oasis de paz y de frescura.



acerados como las oraciones antañonas de los calatravos..., un arco ruinoso..., un foso relleno y sembrado... ¡Glorias de ayer; hoy nada!

Como el camino servía de poco, decidió diluirse perezosamente en la llanura.

Algunas veces se regocijaba la calle lanzando a la Granja chicos y más chicos en fiesta del árbol, o, a torrentes, el gentío curioso que esperó una tarde, en las eras, al hombre que llegó volando a la ciudad metido en un jaulón de alambres, que no otra cosa parecía el pobre biplano de Vedrines o de Tixier. Salvo esas alegrías de vieja cotorróna, la vida de la calle era tranquila, pobre y monótona, en sus linderos con el campo. Tranquila y pobre como sus casas del Final. Monótona, sin más aliciente diario que ver enlutadas gentes o reposados canónigos, de cruz al pecho, camino de la solitaria olmeda de los «Terreros» a pasear penas y a leer breviarios al solecito. Hoy está triste la calle de Calatrava porque la Granja